

2. Sobre todo han de tener el primer lugar los ayunos de la Iglesia y las abstinencias de precepto. ¿No es grande irreligion dispensarse de ellas á título de mocedad, de complexion delicada, de salud débil, de condicion noble, cuando, no obstante esa débil salud, esa delicada complexion, tienes fuerza para estarte las tres y las seis horas en el juego, con una postura de cuerpo y con una aplicacion de ánimo capaces de rendir á la mayor robustez? Oh, que el ayuno incomoda, y la cuaresma enflaquece: ¡razon no solo miserable sino ridicula en quien se llama cristiano! Pues qué, ¿es la penitencia una sensualidad? ¿Y pretende el que hace penitencia lisonjear el gusto, ó fomentar la inclinacion al regalo? Jamás te dispenses, sin notoria y grande necesidad, de las abstinencias y ayunos de precepto; y aun entonces, procura recompensar con limosnas y con otras buenas obras penosas, el ayuno y abstinencia de que te dispensan. No te contentes con las penitencias de obligacion; ponte de acuerdo con tu confesor acerca de las que has de hacer voluntariamente y de supererogacion todos los años, todos los meses y todas las semanas. Si lo consultas con el amor propio, no hallarás mortificacion que te convenga, porque todas te las representará contrarias á tu salud. Reprimese, mortificase uno tanto por el mundo y por su propio gusto; y ¿nada se ha de hacer, nada se ha de padecer por su eterna salvacion?

---

SAN BRAULIO, OBISPO Y CONFESOR.

Entre los prelados sobresalientes en virtud y letras que ha tenido la iglesia de España, uno ha sido el glorioso san Braulio, obispo de Zaragoza, y honor inmortal de aquella respetable silla. Hay quien le hace

T. 3.

P. 422.



S. BRAULIO, O. Y C.



hermano de san Hermenegildo y de Recaredo; hay quien le da la misma ascendencia que á los santos Leandro, Fulgencio, Isidoro y Florentina; pero la verdad es que se ignora quienes fuesen sus padres, y solo sabemos por san Ildefonso que fué hermano de su predecesor Juan, que tanto brilló en el mismo obispado. Desde sus tiernos años dió muestras de la capacidad que tenia su corazon para dar asiento á las virtudes, y del talento particular que prometia feliz acogimiento á las ciencias. Unas y otras cultivó nuestro jóven, bajo la direccion de excelentes maestros, cuales fueron su mismo hermano y el glorioso san Isidoro, á quien oyó en compañía de san Ildefonso.

En tal escuela, se deja conocer los admirables progresos que haria un jóven que en nada se disipaba, y que se aprovechaba con un ardor insaciable de las lecciones de piedad y de los ejemplos con que las veia practicadas. Las sagradas letras, los cánones eclesiásticos, la disciplina y los santos padres eran las fuentes cristalinas donde bebia aquella doctrina pura y sublime que se echa de ver en todas sus cartas, y con que ilustró despues á los monarcas y á los concilios. Pero no quiso que esta ciencia fuese seca y desaliñada, sino que tuviese todos los adornos y atractivos que encantan suavemente, y que logran á veces efectos maravillosos, que no consigue acaso el zelo, si carece de elocuencia. Por tanto, estudió los autores profanos, tomó conocimiento de las lenguas mas necesarias, y no despreció el furor y entusiasmo de los poetas; antes bien de todo hizo un caudal que empleó despues con ganancias á beneficio de la Iglesia y de su esposo Jesucristo. Los himnos que compuso en alabanza de los que vencieron al mundo, y aquella carta dirigida al papa, que tanto dió que admirar en Roma, son claros testimonios del alto grado en que



poseyó este siervo de Dios las letras humanas y las sagradas ciencias.

Como á estos ornamentos añadía los de una virtud sólida, se hizo tan dulce y apetecible en el trato, y tan amable para todos, que se tenía por feliz el que disfrutaba su conversacion, ó aquel que lograba su correspondencia por cartas. Su mismo maestro, el gran san Isidoro, le amaba con tal extremo, que para mitigar su ardor le escribía cartas amorosísimas y regaladas, y le enviaba donecillos. Siendo aun arcediano, le escribió una, en que le dice estas palabras: « Hijo mio carísimo, cuando recibas esta carta de tu amigo, no te detengas en besarla como si fuese él mismo en persona. Los que están ausentes no tienen otro consuelo que besar las cartas de su amado. Te he enviado un anillo y una capa: el primero en señal de la union de nuestros corazones, y la segunda para que cubra y resguarde nuestra amistad, que es lo que significó la antigüedad en el vocablo de que usan los latinos. Ruega á Dios por mí, y el Señor quiera moverte el corazon, de manera que merezca yo volver á verte otra vez, para que tanta sea mi alegría viéndote, como es el pesar que tengo desde que estás ausente. » Así significaba san Isidoro el encendido amor que tenía á san Braulio; lo que prueba con claridad el grado de amabilidad á que este bendito santo había llegado por su ciencia é integridad de vida.

Conociéronlo bien sus superiores, y advirtiéndolo el tesoro que en él tenía la Iglesia, determinaron honrarle con sus dignidades, bien satisfechos de que Braulio no las convertiría en motivo de vanidad y de soberbia, sino en la edificacion y provecho de las almas. En efecto, su hermano quiso descargar sobre los hombros de Braulio una gran parte del peso que tenía siendo obispo; y así, llamándole á Zaragoza, le

hizo arcediano de aquella iglesia, que es decir, le dió el oficio y cargo de mas cuidado y responsabilidad que tenía toda la diócesis. En este tiempo, deseando continuar su propia instruccion, y juntamente proporcionar á los fieles los escritos mas instructivos y piadosos, solicitó de su maestro san Isidoro que escribiese los libros de las Etimologias, obra, que como afirmó el mismo san Braulio, basta por sí sola para formar el estudio de un hombre, y harcerle instruido tanto en las letras humanas como en las divinas. Condescendió el santo obispo á las súplicas de su discípulo, y así debe reconocerse deudora de una obra tan preciosa nuestra Iglesia, y el mundo todo, á las reiteradas instancias de Braulio, las que no pudo resistir su maestro por el sumo amor que le tenía.

Tambien le dirigió, siendo arcediano, aquel anécdoto admirable contra los trabajos y tribulaciones que se padecen en esta vida, esto es, la obra de los sinónimos, en que el santo arzobispo de Sevilla introduce á la razon dando los consejos que pueden tranquilizar sólidamente á un corazon agitado, y enseñando los medios seguros de conseguir la paz verdadera con que descansan las almas piadosas. De todo lo cual sacó nuestro santo tan colmados frutos, que habiendo el Señor llamado á mejor vida á su hermano Juan, no se encontró sugeto mas digno de sucederle en la silla de Zaragoza. Esta eleccion se refiere comunmente acompañada del prodigio de haber bajado del cielo un globo de fuego sobre la cabeza de san Braulio, á tiempo que en un concilio de Toledo se consultaba para dar sucesor á su hermano; oyéndose una voz que decía: *Este es mi siervo escogido, sobre el cual puse mi espíritu.* Pero así este como otros sucesos maravillosos que refieren algunos modernos, carecen del apoyo de la antigüedad, por lo cual no insistimos sobre ellos, persuadidos de que



los hechos no se adivinan, ni se pueden saber sino por el testimonio de documentos fidedignos.

Sentado nuestro santo en la silla de Zaragoza, comenzó á difundir tanta luz de sabiduría y celestiales virtudes, que era la admiracion de los mas provechosos, al tiempo que sus ejemplos se dejaban imitar de los mas flacos. Fiel ejecutor de las reglas que prescribe san Pablo á sus discípulos Tito y Timotéo, era sobrio, casto, humilde, prudente y caritativo, haciéndose todo para todos. Ofreciósele buena ocasion para manifestar todas estas virtudes luego que le consagraron obispo, porque inmediatamente se vió su diócesis afligida de la guerra, de la hambre, de la esterilidad, y de su compañera inseparable la peste. Sufria todos estos males con indecible paciencia, adorando la mano invisible que con ellos castigaba los excesos de los mortales. Pero al mismo tiempo cuidaba como solícito pastor de acudir á todas partes con remedio y consuelo, para que entre tantos males ni se descarriasen ni se perdiesen sus ovejas. Alentaba á los flacos, consolaba á los afligidos, ayudaba á los menesterosos, alimentaba á los hambrientos, y cual amoroso padre, se hallaba á la cabecera de los enfermos y moribundos, dándoles fortaleza con sus exhortaciones, y confortando sus almas con dulces y piadosas palabras. Faltábase á sí mismo por asistir á sus súbditos, siendo tanto el zelo y la caridad con que los asistía, que no le quedaba tiempo para escribir siquiera una carta á su amigo y maestro san Isidoro.

Pero en medio de tantas borrascas y trabajos, jamás desatendió al principal cuidado, que era el de su propia santificacion, por los varios y difíciles medios que le ofrecian las circunstancias. Cuidó ante todas cosas de ejercitarse en la humildad, como base y fundamento de todo el espiritual edificio. Pocos obispos ha tenido

España que hayan logrado un concepto tan ventajoso, una admiracion tan universal, y unas alabanzas tan extraordinarias, y menos todavia los que con tanta justicia hayan merecido tales alabanzas, admiraciones y concepto. Sin embargo, en el concepto de Braulio, nada habia mas despreciable que él mismo. *Servo inútil de los santos de Dios* era el nombre ordinario que usaba al firmar las cartas; y estaba tan persuadido de ello, que á un obispo que le escribió ensalzando sus prendas y merecimientos, parece que quiso persuadirle lo contrario, segun la eficacia con que le habla de su poquedad é insuficiencia. Si alguna vez erró, confesó llana y sencillamente su yerro, implorando el perdón é indulgencia, como se ve en una de sus cartas escrita al obispo Wiligildo, en que confiesa haber hecho mal en ordenar de diácono á un monje súbdito de este prelado, y le ruega con las expresiones mas humildes que le perdone este exceso.

A la verdad, pedía con justicia, porque una de las principales virtudes en que este santo resplandeció, fué en el perdón de las injurias, y en la mansedumbre y sufrimientos de las persecuciones y trabajos. Todo su obispado fué una série continua de amarguras. La reforma de los abusos introducidos, la severidad con que mantenía la disciplina eclesiástica, y el tesón con que se oponía como muro fuerte á los desórdenes y relajaciones que traen consigo unos tiempos turbados con guerras y con herejías, le ocasionaron disgustos tan pesados, que nunca escribe á san Isidoro, ni á los reyes Chindasvinto y Recesvinto, sin ponderar las angustias y amarguras en que estaba sumergida su alma. No obstante, nunca se queja de sugeto determinado; antes bien, siendo notorias las injurias que le escribió un cierto Tajon, presbítero, le responde con tal mansedumbre, con pa-



labras tan llenas de caridad y dulzura, que manifiesta bien ser fiel discípulo de aquel que dió su sangre por los mismos que le crucificaron.

Ejercitado de este modo en sufrir las contradicciones del mundo, buscando su consuelo en Dios y su tranquilidad en la oracion, en la meditacion de las santas escrituras y en el cuidado de su rebaño, salió excelente maestro para dar consolacion, y enjugar las lágrimas de los que las vertian en las ocasiones mas funestas. Consoló á su hermana Basila en la muerte de su marido; á Pomponia en la muerte de Basila y del bienaventurado Numito, obispo de Gerona; á Hoyon y Eutrocia en la de Hugnán, grande amigo del santo, y últimamente, á Ataulfo, Gundesvindo y Wistremiro, que estaban inconsolables por la muerte de estas prendas muy amadas. Y esto lo hacia con tanta ternura y piedad, como se puede conocer por estas palabras con que principia la carta que escribió á Wistremiro: « Sin embargo de que no es consolador oportuno aquel que por sus propias penas está sumergido en llanto, con todo eso, quisiera yo solo padecer tu dolor y el mio, á trueque de poder oír la gustosa nueva de que vivias consolado. » Desear cargar con los trabajos y adversidades de sus prójimos, por tener la dulce satisfaccion de aliviárselos, es la caridad para con ellos llevada al mas sublime grado.

Dos cosas le llenaban el corazon de una tranquilidad admirable, y de una superioridad decidida sobre sus angustias: una era el ejercicio de la oracion, en que recibia del cielo no solamente consuelos espirituales superiores á todo el rigor y amargura con que atormentan los trabajos del mundo, sino las luces suficientes para dar salida á los negocios mas arduos y consejos sólidos y acertados á los que se hallaban en ocasion de necesitarlos; otra,

era la santa compañía de un varon tan sabio y tan piadoso como lo era su discípulo el arcediano Eugenio, quien, fastidiado de los engaños de la corte, se habia retirado á hacer vida monacal en Zaragoza, dejando á Toledo la inquietud de sus cortesanos, sus engaños y sus perfidias. Así lo dió á conocer el mismo santo en la carta que escribió al rey Chindasvinto, con ocasion de llamar este soberano al referido Eugenio para que presidiese en la silla de Toledo. Este golpe le llenara el corazon de tanta amargura, que no dejó diligencia por hacer para que el soberano se apiadase de la tristeza en que le sumergiria esta separacion. Ponderaba su incapacidad en el ministerio de la palabra, sus quebrantadas fuerzas, las muchas turbaciones que padecia su diócesis, la necesidad que tenia de su arcediano para conservar la grey del Señor segura de los acometimientos con que pretendian ensangrentarse en ella voraces y carnívoros lobos; y últimamente le representaba que estaba casi ciego, y que quitándole á Eugenio le robaban la mitad de su alma.

El piadoso rey respondió cortésmente á su carta, ponderando su erudicion, su sabiduría, su elocuencia, y concluyendo con decir que Zaragoza estaba bien provista de pastor con su persona, y que la iglesia de Toledo tenia justicia para pretender otro tanto en la de Eugenio; que reconociese aquella eleccion como dirigida por el Espíritu Santo, y esperase que el justo Juez premiaria en el maestro la doctrina y santas virtudes con que habia sabido enriquecer á su discípulo, haciéndole digno de gobernar la primera silla de España. No pudo Braulio resistirse á razones tan poderosas, que iban además revestidas de toda la autoridad y poder que les daba el haber sido dictadas desde el trono; y así, envió á Eugenio, pero con tanto dolor de su alma, que no pudo dejar de esperar



que sería otra vez restituido á la iglesia de Zaragoza. Pero la divina Providencia tenia dispuesto que Eugenio presidiese en la silla de Toledo, como se verificó siendo consagrado metropolitano en el año de 646, y quedando Braulio cubierto de amargura, aunque en todo resignado y conforme con las disposiciones divinas.

A proporción de sus virtudes, brillaba su sabiduría. La primera ocasión en que se dejó ver, con admiración de toda España, fué el concilio IV de Toledo. Ya la fama habia publicado que era digno discípulo de san Isidoro; pero en este concilio, se le ofrecieron ocasiones de testificar que las voces con que se habia extendido y celebrado su doctrina eran todavía muy inferiores á la verdad. En cuantos puntos se trataron habló como un oráculo, habiéndose preparado de antemano con un estudio activo y prolijo de cuanto en el concilio se habia de resolver, á cuyo fin suplicó á su maestro que intercediese con el rey para que le remitiese el código de las actas del concilio que tuviera en Sevilla san Isidoro. Es de creer también que, hallándose este santo sumamente débil, cansado y enfermo, cargaría todo el peso del concilio sobre san Braulio, y de consiguiente, que tendría este mucha parte en la disposición de las actas y en la formación de los cánones, ya porque su ciencia le hacia mirar con respeto, y ya por aliviar de este modo á su amado maestro, que no tenia ya fuerzas para semejante trabajo.

Estando en este concilio, le encargó san Isidoro que corrigiese y perfeccionase la obra de las Etimologías, que poco antes le habia dirigido, ya por la satisfacción que tenia en su talento, y ya porque á instancias suyas habia compuesto la obra. En efecto, san Braulio condescendió con las insinuaciones de su maestro, dividiendo el código en veinte libros, y

purgándolo de muchos defectos con que le habian alterado los copiantes. El trabajo que empleó en esta corrección fué sin duda muy considerable, porque además de ser la obra de mucha erudición y doctrina, tenia san Braulio por entonces el ánimo ocupado de amarguísimos sentimientos. Causáranlos las muertes de algunas personas amadas del santo, que ilustraban la Iglesia con sus virtudes, y eran un vivo ejemplar de perfección para los fieles. Tales fueron entre otros, el marido de Basila, hermana suya, la misma Basila, Numito, obispo de Gerona, y lo que es más que todo, el mismo san Isidoro, á quien amaba como á amigo, respetaba como á maestro, y veneraba como á santo.

Desde este tiempo comenzó Braulio á ser el único apoyo y oráculo de los concilios, y la antorcha con que se iluminaban todos los obispos de España, para dar acertadas resoluciones en los casos arduos que se les ofrecían. Poco después de la muerte de san Isidoro, se juntó en Toledo el concilio V, en el año de 636, en el cual se presentó nuestro santo como un sol que despedía resplandores para la ilustración de todas las iglesias de España. Todos los padres reconocían la superioridad de sus luces, y así, ponían en sus manos todas las determinaciones, seguros del acierto. A él se le deben los sabios cánones y decretos con que se afirma el dogma y se corrobora la disciplina, por lo cual san Ildefonso le elogió, llamándole *esclarecido é ilustre en la formación de los cánones*, y atribuyéndole los que se establecieron en este concilio y el siguiente. Este fué el sexto Toledano, famoso porque en sus cánones se hace una sólida refutación de cuantas herejías se habian condenado hasta aquel tiempo, y porque además se vindicó el honor de los obispos de España, falsamente calumniados en Roma de poco vigilantes en su ministerio.